

ct

El escritor

de
Carlos Zamarriego

(fragmento)

Acto único

Estamos en la casa de un escritor, en la habitación que utiliza para trabajar. Una mesa de despacho, llena de folios, papeles garabateados alrededor de una máquina de escribir y un teléfono de dial, preside la estancia. La habitación está repleta de libros: en estantes, en mesas, en el suelo... Encima de una pila de libros hay una botella de whiskey a medio beber con un vaso usado. Por el suelo, un montón de papeles arrugados... Estamos en cualquier año de la década de los 50: lo sabemos por un calendario colgado en la pared con una fecha marcada con un círculo rojo. Un espejo móvil, colocado a la izquierda del despacho, junto a un perchero con un abrigo y un sombrero, completan el decorado. El escritor está sentado a la mesa, trabajando con la máquina de escribir. Lleva el pelo engominado y gafas muy redondas. Viste elegante pero informal, con la camisa metida por dentro de un pantalón de tonos oscuros. No es un hombre mayor, pero la vida le ha marcado el rostro con un gesto tan adusto como su propio carácter. Parece como si no hubiera salido de esa habitación en días.

ESCRITOR

(lentamente, mientras teclea) Ella acercó sus labios a los míos. Olía a peligro y Martini. Olía a perdición. Pero no quise darme cuenta... Sólo me dejé llevar... me dejé llevar... *(mira a un lado, frustrado)* ... me dejé llevar... ¡Maldición! *(arranca violentamente el papel y lo tira al suelo)*. ¡Maldición, maldición, maldición! *(se levanta)* ¡No, no y no! Las palabras no son esas... ¡No son esas! *(se acerca a la botella de whiskey y se sirve un trago, que bebe apuradamente)*. Ella se acercó, sí, se acercó... pero olía a tarta de manzana recién hecha, a esperanza, a salvación... *(se queda un momento pensativo. De pronto, deja el vaso donde estaba y vuelve a sentarse a la mesa)*. ¡Sí! ¡Eso es! Así era ella. No es una historia de traición, sino de amor... ¡Empecemos otra vez! *(coloca una nueva hoja en la máquina de escribir y comienza a teclear)* Ella acercó sus labios a los míos. Su mirada desprendía una luz especial. Era una mirada tierna que abrazó mi alma y la desnudó de un plumazo. Nunca me había sentido tan indefenso, tan vulnerable, tan a merced de una persona... Nunca había sentido... sentido... *(intenta reprimir las lágrimas)* sentido... *(vuelve a arrancar la página violentamente, arrugándola y tirándola al suelo)* ¡No! ¡No fue así! Ella en realidad no le quería... no le quería... no le quería...

El escritor se tapa la cara, exhausto. Unos segundos después suena el timbre. Se levanta, muerto de miedo, y se acerca silenciosamente a la puerta. El timbre vuelve a sonar. Él vuelve sobre sus pasos, sin saber qué hacer. Una voz firme y autoritaria suena desde el otro lado.

EDITOR

(en off) Sé que estás ahí... ¡Ábreme! *(golpea la puerta con insistencia)*

El escritor se dispone a abrir la puerta con la misma actitud que un preso se dirige a la inyección letal. Pero en cuanto se encuentra frente a frente con su editor, hace todo lo posible para que no perciba su inseguridad. El editor es un hombre tan

elegante como respetable. Un perfecto hombre de negocios. Para él no es arte si no da dinero. Tiene un pequeño bigote al que dedica todos los días más atención que a su propia mujer.

ESCRITOR

¿Sí? ¡Ah! ¡Mi editor favorito! ¿A qué debo el honor de tu presencia? Pero pasa, pasa... ¿Quieres algo de beber?

El editor entra con recelo, deja el sombrero encima de un montón de libros, e inspecciona con inquisidora mirada el despacho del escritor. Mientras, el escritor, se apresura a llenar dos vasos de whiskey y le ofrece uno mientras apura el suyo de un solo trago. El editor ignora a propósito su ofrecimiento y el escritor se queda su vaso, que también apura sin miramientos.

EDITOR

Parece que hace mucho que no sales de casa....

ESCRITOR

No lo suficiente. Aquí tengo casi todo lo que tengo puedo desear... Aunque claro, a veces se me acaba el whiskey y...

EDITOR

¿Cómo va tu nueva novela?

ESCRITOR

¿Mi novela? ¿A eso has venido, a ver si estoy trabajando?

EDITOR

Sí, a eso he venido. A eso y a recordarte que...

ESCRITOR

Mi novela va perfectamente, muchas gracias. Estoy escribiendo sin parar, ya me conoces...

EDITOR

Sí, ya te conozco... O eso creía... ¿Te acuerdas que te dimos un plazo, verdad?

ESCRITOR

¿Plazo? *(se vuelve a mirar el calendario de la pared)* Sí, tengo muy presente que mañana tengo que entregar el primer borrador...

EDITOR

Es muy importante que respetes la fecha acordada. En la editorial están nerviosos.

ESCRITOR

¿Me crees nuevo en esto? No es mi primera novela, ¿te acuerdas? Ni la décima. Creía que tenías más confianza en mí.

EDITOR

No es una cuestión de confianza. Te hemos adelantado mucho dinero, como nos pediste. Dinero que espero... (*mira las botellas vacías*) hayas sabido administrar. También hemos invertido mucho en publicidad... en tu relanzamiento. Ahora queremos resultados. No nos has dejado ver nada en todos estos meses. No sabemos ni siquiera el argumento. Dime la verdad... ¿tengo que estar preocupado?

Los dos hombres se miran, uno intentando descubrir la mentira y el otro escondiendo la verdad. El escritor comienza a reírse compulsivamente.

ESCRITOR

Pues me alegra darte la noticia de que tus preocupaciones... ¡son infundadas! ¿Quieres que te cuente de qué va? Para eso has venido, ¿no es cierto? Una llamada de teléfono te hubiese salido más barata. Pues va... va de... ¡de un escritor! Sí, eso, de un escritor... Tiene algo de autobiográfica, será... es mi novela más personal.

EDITOR

(*desconfiado*) La semana pasada...

ESCRITOR

Sí, ya sé que la semana pasada te dije que iba de un detective, pero es un detective que investiga a un escritor... sí, por un asesinato... (*el editor se mantiene impasible*) ¿Cómo? ¿No te lo crees? ¿Piensas que me lo estoy inventando sobre la marcha? (*el escritor pasa por detrás de su editor para acercarse a la mesa de su despacho, y sin que se dé cuenta coge un folio del suelo, lo alisa y lo coloca en primer lugar de su montón de hojas en blanco*) Tienes 500 páginas del manuscrito delante de ti. Precisamente estaba puliendo algunos pasajes...

EDITOR

(*viviéndose hacia él*) Léeme algo.

ESCRITOR

¿Que te lea algo? Que te lea algo... ¿No prefieres esperar a mañana?

EDITOR

Me iría más tranquilo a la editorial si me leyeras algún capítulo.

El editor se acerca a mirar el tocho de papeles pero el escritor los coge y los aleja del alcance de su vista. Se siente acorralado.

ESCRITOR

Bueno, no sé, deja que mire (*pasa las páginas en blanco*) ¿Qué prefieres? ¿Una escena romántica, una de acción, una de suspense?... (*Mira la primera página, la única que está escrita*). ¿El comienzo? El comienzo es lo mejor, te va a encantar... Sí, voy a leerte el comienzo, te lo leo ya... Empiezo... ¿Estás preparado? (*el editor se apoya en la mesa del despacho, sin saber qué creer, dispuesto a escucharle*) Vale, vale... empiezo ya... Era de noche, y la niebla se apoderaba lentamente de la ciudad y de la mente del escritor. Delante de él, una página en blanco esperaba ser mancillada con palabras precisas, frases ingeniosas y diálogos geniales. Pero nada. De su pluma no salía nada. ¿Habría perdido la imaginación? Se levantó y comenzó a pasear nervioso por la

habitación, y sólo paró cuando, al pasar por delante del espejo, el reflejo le devolvió la mirada de un hombre derrotado. Fue entonces cuando sonó el teléfono y...

Suena el teléfono. Los dos hombre lo miran y luego se miran, sorprendidos. Suena una vez. Dos. Tres. El editor rompe el hielo.

EDITOR

¿No lo vas a coger?

ESCRITOR

¿Eh? Sí, claro, claro... *(con falsa seguridad)* Será algún admirador... o admiradora... o esos malditos periodistas... Me llaman constantemente, les despacho enseguida *(descuelga, dejando el paquete de hojas en la mesa. El editor avanzará un poco para ojearlas pero el escritor pondrá el teléfono encima con disimulada oportunidad)*. ¿Sí? Sí, es mi casa... ¿Cómo? ¿Quién? *(pone cara de circunstancias mientras pasa el teléfono al editor)* Es para ti *(cuando cede el teléfono, se aleja manteniendo a buen recaudo el montón de papeles entre sus manos)*.

EDITOR

¿Sí? Sí, soy yo... ¿Ya ha llegado? ¿Ahora mismo? De acuerdo, voy para allá... *(cuelga)* En la editorial les dejé tu número por si necesitaban localizarme. Tengo que volver al despacho para reunirme con un nuevo escritor que queremos publicar, y en el que tenemos depositadas muchas esperanzas.

ESCRITOR

(acelerado, devuelve el sombrero al editor y sale disparado hacia la salida) Por mí no te preocupes, el deber es el deber... Y ya has visto que por aquí está todo controlado... Te acompaño a la puerta...

EDITOR

(sin hacer caso a las prisas del escritor, se pone el sombrero con parsimonia) Es un escritor joven y con talento, ¿sabes? Como lo eras tú cuando te conocimos.

ESCRITOR

(parado en seco, herido por el comentario) Ya, bueno... pero la juventud tiene fecha de caducidad... y tener talento... tener talento no siempre es suficiente.

EDITOR

No, tienes razón. He visto muchos escritores aplastados por su talento. En tu opinión, ¿qué crees que hace falta para escribir? ¿Para ser el mejor?

ESCRITOR

(hablando casi para sí mismo) Bucear.

EDITOR

(irónico) ¿Bucear? ¿Cómo bucear? ¿Con bañador y aletas de rana y esas cosas?

ESCRITOR

Sí, bucear... sumergirse en tu interior y removerlo todo. ¡Aunque duela! Cuánto más profundo sea el viaje que inicies, más aprendes de ti. Y dejarás a un lado las manos para escribir con el alma. ¡Eso es lo que te convierte en un gran escritor! Escribir con el alma...

El editor se queda impresionado con la reflexión, pero a los pocos segundos estalla en carcajadas.

EDITOR

¡Con el alma! No, déjate de cuentos... Nosotros no podemos contratar almas, ¿a quién le mandamos el cheque luego? *(el escritor hace un gesto de rechazo y se va al otro lado de la habitación)* No, escúchame bien. Lo más importante en un escritor es la ambición. Tú tenías ambición. Escribías tan deprisa... ¡un libro por año! Y te las arreglabas para gustar a todos... Cada novela ascendía al número uno en cuestión de semanas... Eras fabuloso, y no bebías ni una cuarta parte de alcohol. Y de pronto... *(el escritor aparta la cara como si quisiera esquivar una bofetada invisible)*. En fin, tengo que irme... *(abre la puerta)* Mañana te recojo a eso de las nueve y me terminas de leer el pasaje.

ESCRITOR

(sin mucho entusiasmo) Claro.

EDITOR

Tenía buena pinta.

ESCRITOR

(tímidamente) ¿De verdad lo crees?

EDITOR

Sí, parece que, después de todo, aún te queda algo de ese escritor joven y ambicioso. Así lo espero, al menos. Oye...

ESCRITOR

¿Sí?

EDITOR

No la fastidies.

El editor se va, dejando tras de sí una violencia sorda e incontenible.

ESCRITOR

Bueno, ya lo leerás mañana, no te preocupes, lo tengo todo aquí delante... *(mira el montón de papeles y los lanza al aire. Mientras habla, va dando puñetazos intentando acertar a las hojas que caen como en un parque en el otoño)*. Oye, no quiero parecer descortés pero es tarde y tengo que terminar de repasar el borrador... Sí, ya sé que en la editorial no me van a dar más oportunidades... ¿Hace ya siete años desde mi último libro? ¿Tanto? No te preocupes, he vuelto y con más energía que nunca. Sí, sí... Nos vemos mañana... Adiós, adiós...

Todas las hojas han caído y él está agotado. Se quita las gafas, se masajea la sien, y vuelve a llenar el vaso de whiskey. No le dura mucho. Su mirada perdida se topa con su reflejo en el espejo. Se acerca.

ESCRITOR

Y tú... ¿qué miras? Sí tú, escritor de pacotilla, ¿qué miras? ¿Te crees que voy a sentirme mal por haber mentido? Ya se enterará mañana de que soy un fracaso... ¿qué necesidad hay de fastidiarle el sueño? Me meteré en problemas, ya lo sé... Quizás me den más tiempo... Con un poco más de tiempo podría conseguirlo... No pueden dejarme de lado tan fácilmente, les he dado mucho... Aunque eso fue antes, cuando mis manos eran veloces, mi mente se mantenía sobria y escribía un libro por año... Antes de que ella se fuera... (*da la espalda a su reflejo, deja el vaso en la mesa y coge un libro de una de las estanterías*) Este, por ejemplo, lo escribí en tres semanas. Fue mi mayor éxito... ¡un año entre los más vendidos! El héroe es un militar que se enamora de la hija del general, y éste le manda a la muerte... Y yo... ¿Qué sabía yo de la guerra? ¿Y del amor? (*pasa las páginas y una foto cae de su interior al suelo. El escritor la recoge. En la foto aparece él con una mujer. Se queda mirando la foto*). Apareciste tú y aprendí que no valía la pena escribir la vida sin antes haberla vivido. Y aún así, cuando estaba contigo las palabras fluían como la lava de un volcán en erupción. Gran metáfora... ¡tengo que apuntarla para la nueva novela! Porque la lava arrasa todo a su paso hasta que el volcán se apaga, vacío e inútil. (*Da la vuelta a la foto y lee la dedicatoria*) Pero al menos me dejaste una dedicatoria: “Al escritor de mis sueños, de mis fantasías y mis desvelos. Tuya. B”. Ojalá fuesen palabras de una de mis novelas...

El escritor deja la foto dentro del libro con dolor y lo devuelve a la estantería. Recoge el vaso, lo llena y se sienta en el suelo, apoyado en la mesa. Vuelve a mirar al espejo.

ESCRITOR

Sí, ya sé que antes de conocerla podía escribir... Pero no escribía igual, escribía desde el desconocimiento. Mis personajes hablaban de amor, de muerte, de dolor... pero yo no sabía qué era eso en realidad... Mis personajes eran estúpidos porque hacían cosas estúpidas... (*bebe un trago y coge otro libro de un montón*) Por ejemplo, éste... Sí, recuerdo este libro... y la película que hicieron... La película era mejor que el libro, en mi opinión... Estaba esa mujer que se enamora siempre de los tipos malos, esos que siempre la utilizan para sus propios fines... y al final la pobre acaba suicidándose para no ir a la cárcel... (*se ríe, y tira el libro hacia atrás. Coge otro al azar*) ¿Y este? Ah, sí, mi última novela... Una niña, criada en el peor barrio del mundo, sin padres, sobreviviendo de lo que puede y aún así... (*una arcada le hace perder la compostura*) ¡MALDIGO MI OBRA! (*lanza el libro al centro de la habitación*). No os quiero en mi vida... ¡NO OS QUIERO EN MI VIDA! No estáis a la altura de lo que me dio ella. No podéis reemplazarla... Nadie puede...

El escritor se tapa la cara con las manos mientras solloza amargamente sentado en el suelo de cualquier manera. El cansancio pesa más que el llanto y se queda dormido. La luz del escenario cambia. La habitación parece más sobrenatural. Una muchacha joven, de aspecto más infantil de lo que su edad indicaría, vestida con ropas mugrientas, entra en escena desde el público caminando sigilosamente. Se acerca al escritor y le observa dormir con la picardía de una adolescente que está cometiendo una travesura. Luego pasea por la habitación, mirando y tocándolo todo con mucha atención. De repente, al andar, deja caer sin querer un libro, y el ruido

sobresalta al escritor, que sin embargo no ve a la joven escapar de nuevo hacia su asiento entre el público.